

La visita a las cuevas de Rosh Hanikra es especial.

(**Walter Wasercier,** 06/03/2020) La naturaleza nos regala rincones mágicos en la tierra de Israel. Este es el caso del punto más noroccidental de Israel. Me refiero a
Rosh Hanikra
o si lo prefieren
Ras el Nakura
como se lo conoce también en árabe.

Zona especialmente activa desde un punto de vista geomorfológico y, ubicada sobre un macizo de piedras calcáreas, da origen en tiempos prehistóricos a una sucesión de cuevas y grutas muy particulares. Producto de estos movimientos sísmicos, así como de la erosión que el viento y la lluvia producen sobre las rocas y, cómo no decirlo, de la obra del hombre tenemos la gran suerte de contemplar este regalo de la naturaleza que son las cuevas de Rosh Hanikra.

No hay forma de perderse; subiendo por la carretera número 4 que atraviesa la costa desde Tel Aviv en dirección norte nos detendremos al final de la misma en el aparcamiento y en un breve recorrido a pié, estaremos en la frontera entre el Líbano e Israel. Así dan testimonio los carteles en hebreo y árabe que se encuentran poco antes de la delimitación de dicha frontera.

La visita a las cuevas es especial. Desde un pequeño mirador muy cercano al punto fronterizo, se baja a través de un teleférico que con una pendiente de 60 grados se desliza lentamente hacia las grutas más bajas, produciendo el deleite de pequeños y mayores hasta que se llega casi a pié de mar para desde allí recorrer los pequeños observatorios que desde las grutas abren el paso al mar.



